

Sergio Pitol

# El Mago de Beijing

Alejandro Pescador

*En esta crónica de la estancia de Sergio Pitol en Beijing, el sinólogo Alejandro Pescador nos muestra esa faceta al mismo tiempo cosmopolita y tímida, erudita y humilde, del gran autor de El arte de la fuga, El mago de Viena y La vida conyugal, quien este 2013 llega a los ochenta años de vida.*

En las tardes de ese verano los olmos de Beijing vibraban, como siempre, envueltos en la sinfonía puntual de las cigarras; en las calles menos transitadas, a la sombra de los árboles, los mozos de cuerda, descalzos, desplegaban la placidez de la siesta sobre la plataforma de sus largos triciclos de carga, mientras las muchachas, expansivas en sus risas educadas, se protegían con sus sombrillas del inclemente sol vespertino. En esos inicios del verano de 2006, cuando aún subsistían con precariedad las mañanas y las noches frescas, Sergio Pitol había vuelto a Beijing. Esta vez llegaba como ganador del Premio Cervantes otorgado el año previo y al mismo tiempo regresaba para celebrar su reencuentro con el público lector chino: presentaría la edición de dos de sus novelas traducidas al idioma de Du Fu. La ciudad de Beijing, que conoció Pitol durante los meses que ahí pasó en 1962, podía ser otra y la misma, arqueología del tiempo y cala de la memoria, cambio perpetuo y fijeza de la historia. Por suerte me tocó vivir en Beijing en esa época y así pude ser testigo de esa visita.

## EL MAGO DE COYOACÁN

Muy poco después de la llegada de Pitol, al amparo de una noche de viento fresco, pude contarme entre

los invitados a la cena que el embajador de España en China ofrecía en honor del nuevo Premio Cervantes. Todo el personal diplomático español, los embajadores latinoamericanos y algunos hispanistas chinos estaban presentes, también algún intruso como yo. Tras un aperitivo en la sala de la residencia del embajador español, pasamos a cenar. El salón comedor subrayaba su profundidad con la perspectiva de su larga mesa de época para una veintena de comensales que se aprestaba a celebrar el premio entregado a Sergio Pitol por los reyes de España. En un ambiente marcado por la cordialidad y la simpatía hacia el escritor, se celebraba al autor de extraordinarias novelas y relatos, y no menos a la lengua española, la ramificación del latín más expandida por el mundo. Tan pronto sirvieron los entremeses y el vino, la esposa del embajador español, señora por demás refinada, comentó muy sonriente:

—He visto que su última novela se titula *El mago de Viena*. No sabe cuánto gusto me ha dado ver ese título pues nací en Austria; nací en Viena.

Sergio Pitol asintió con agradecimiento, pero disimuló lo mejor que pudo una sonrisa que encerraba una carcajada. Volteó a verme como para buscar una complicidad, pues sabía que había leído su libro y sabía que el título nada tenía que ver con Austria, sino con Coyoacán.

cán. El mago de la calle de Viena en Coyoacán: un escamoteo lingüístico.

A lo largo de la cena, Pitol habló poco; se notaba un tanto incómodo por ser el centro de atención en ese comedor ambientado con muebles españoles de contundencia barroca y un gran tapiz antiguo colgado en la pared del fondo del comedor. El tapiz representaba una escena de caza. La imagen, intensa pero delicada a la vez por sus colores desvaídos, insertaba una nota al pie de la literatura de los Siglos de Oro, una involuntaria referencia a Miguel de Cervantes y por lo tanto a Pitol. La conversación de sobremesa se dedicó a la literatura: autores, traducciones, novedades editoriales. Al salir de

la cena, ya con el cerebro teñido de rubí por los caldos de Rioja, dije al embajador de España, buen amigo:

—Nuestra verdadera identidad es la lengua española.

El embajador me vio un instante a los ojos y sonriendo me dio un abrazo.

#### LOS LEJANOS ECOS DE LA ONDA

En algún otro momento de su visita a Beijing, Pitol había encabezado la presentación de las traducciones al chino de dos de sus libros: *El arte de la fuga* y *La vida conyugal*. En el salón de actos de la embajada de México



Sergio Pitol

en Beijing, con más de un centenar de invitados, la literatura se abría paso por derecho propio. Durante la brevísima presentación, Pitol se expresaba con un cierto titubeo; su paso parecía inseguro, pero lucía exultante. Con su humildad de monje budista, Pitol agradeció de manera entusiasta el trabajo emprendido por la traductora de sus obras, la profesora Zhao Ying, esposa del doctor Chen Zhongyi, director del Instituto de Literaturas Extranjeras de la Academia China de Ciencias Sociales y el único experto chino en la novela de *La Onda*.

Al distribuirse entre los asistentes los ejemplares de las dos novelas traducidas al chino, los estudiantes de español fueron los primeros en aproximarse a Pitol para pedirle, con extrema cortesía, una dedicatoria. Luego se acercaron los hispanistas chinos con el claro objetivo de copar a Pitol. Sólo las corresponsales de España y México pudieron romper el círculo académico que se había tendido en torno del escritor. No me quedó más remedio que recurrir a la ayuda de mis amigos para conversar con Pitol. Antes de que concluyera la presentación y ya durante el coctel, por intercesión de Edgardo Bermejo, entonces agregado cultural de México en China, logré que Pitol aceptara mi invitación para almorzar al día siguiente.

Sé por supuesto que hubo otra presentación de la traducción al chino de sus dos obras en una de las principales librerías del centro de la ciudad, no muy lejos de Tian'anmen, pero admito que no pude asistir en razón de algún informe requerido de manera perentoria por mi superior en la oficina. Tampoco asistí a otra cena que se ofreció en honor de Pitol, algo muy exclusivo según entiendo. Ahí no pude colarme, pues la mesa del comedor no era tan generosa como la de la embajada española. Recuerdo, eso sí, que siete años antes, en el 99, en ese mismo salón de actos de la embajada de México, asistí a la presentación de la tesis doctoral del profesor Chen Zhongyi sobre la novela de *La Onda*.

#### PREMONICIONES DE ARGEL

La actividad más formal de la visita fue la presentación del ensayo de Sergio Pitol "Miguel de Cervantes: El tercer personaje",<sup>1</sup> una bien documentada pesquisa del protagonista invisible que acompaña a Don Quijote y a Sancho Panza en su recorrido heroico y efímero para corregir entuertos: el tercer personaje, el propio Miguel de Cervantes. Pitol leyó su texto en el auditorio de la Academia China de Ciencias Sociales, ubicada en Jianguo Menwai, larguísima y rectilínea avenida que divide Beijing en norte y sur, yin-yang urbano, y que cam-

bia de nombre cada tantos kilómetros. La organización de esta lectura se debía a la iniciativa del doctor Chen Zhongyi, quien puso en marcha toda la maquinaria administrativa que permitió no sólo la visita de Pitol, sino la traducción de dos de sus novelas al chino.

El auditorio de la Academia se hallaba abarrotado por los hispanistas chinos, estudiantes de español, investigadores del Instituto de América Latina de la propia Academia, diplomáticos y periodistas. La formalidad del acto sugería que se trataba de una presentación rutinaria de las virtudes de Cervantes como el iniciador de la novela moderna en Occidente, pero Pitol llevaba en el bolsillo una bella sorpresa. Pitol rescató en su ensayo la obra *Cervantes* de Jean Cannavagio (Premio Goncourt de biografía en 1987), pero en modo alguno se trató de su única referencia bibliográfica. Aquí y allá citó a propósito de Cervantes o del *Quijote* referencias peculiares de Friedrich Schelling, Thomas Mann, Viktor Sklovski, Harold Bloom, Manuel Durán y también de personajes de la época como Erasmo de Rotterdam, Tommaso Campanella, Giordano Bruno, Paracelso. Leyó Pitol:

Un dominico, Juan Blanco de la Paz, el más acérrimo enemigo de Cervantes, al enterarse de que podría ser rescatado y volver a España, inició una violenta campaña de difamación en su contra. Era una acusación sobre "cosas viciosas y feas, y una demasiada cercanía a los berberiscos". La amenaza era grave, porque se suponía que Blanco de Paz era comisario de la Inquisición y la inculpación de "cosas viciosas" podía implicar la sodomía, costumbre natural en Argel.<sup>2</sup>

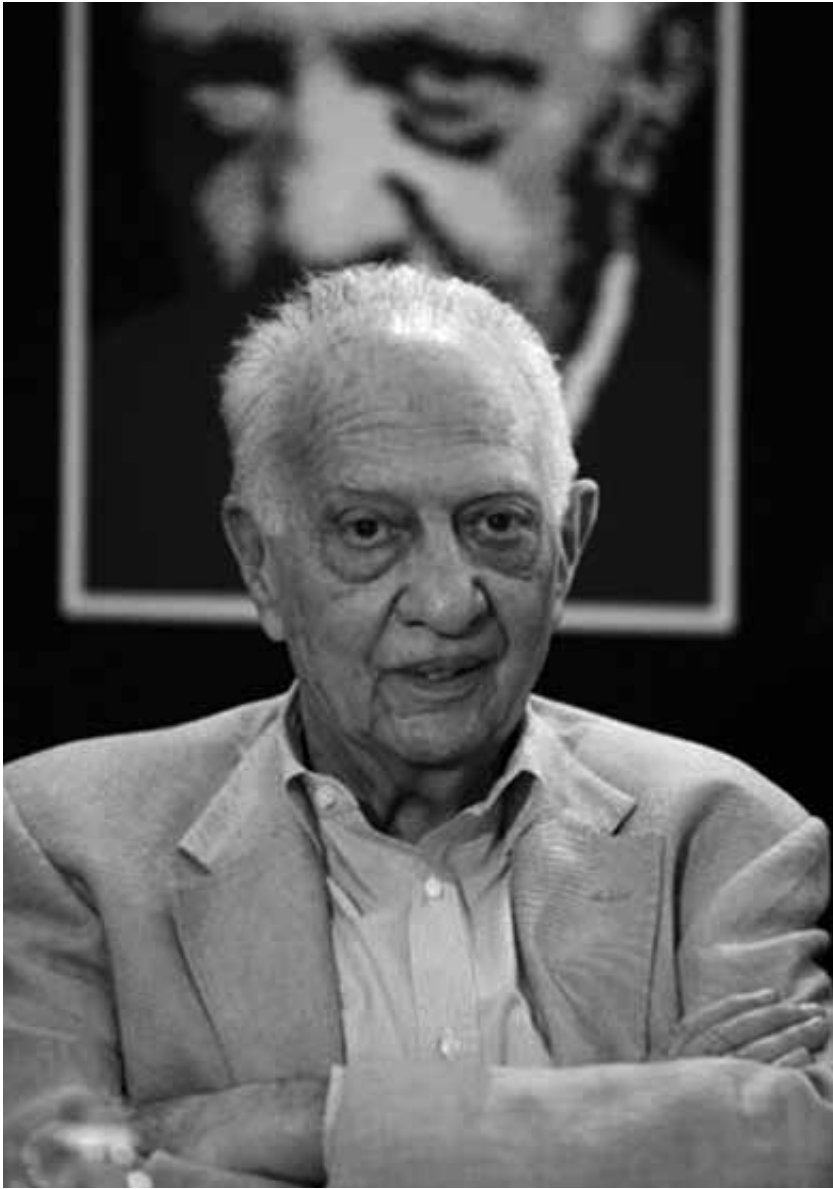
Apenas unos días después de publicada la primera parte de *El Quijote*, comenta Pitol en su ensayo:

un caballero fue asesinado a la puerta del escritor. Un juez detuvo a todos los vecinos, entre ellos Cervantes, su mujer, sus hermanas Andrea y Magdalena, Constanza, hija natural de Andrea, e Isabel, hija natural del escritor (o de su hermana Magdalena). El encarcelamiento duró sólo un día, pero en las declaraciones del proceso se reveló la moralidad del hogar del escritor, donde entraban caballeros a todas horas de noche y de día. Fue un escándalo.

William Faulkner, en entrevista concedida en 1956 a la *Paris Review*, había dicho que una casa así sería el mejor recinto para el trabajo de un escritor, pero, bue-

<sup>2</sup> Unos años después trabajé en Argel y tuve la oportunidad de visitar la Cueva de Cervantes, donde el autor del *Quijote* y otros fugados aguardaron en vano un barco para huir de Argel, un barco que nunca llegó. La cueva se ubica en un terraplén del famoso Monumento a los Mártires de la independencia de Argelia, que domina la bella curva de la bahía de Argel.

<sup>1</sup> Este ensayo de Sergio Pitol puede encontrarse en la *Revista de la Universidad de México*, número 90, agosto de 2011.



no, Faulkner falleció mucho antes que Cannavagio escribiera la biografía de Cervantes.

Y ahora ante el público que abarrotaba el auditorio de la Academia emergía así una imagen de Cervantes con dimensiones humanas y no como parte de la historiografía literaria, mientras que *El Quijote* se alzaba como el desafío de un lunático frente a la intolerancia de la Iglesia y a la vez resonaba como un clamor de libertad a través de un recurso bajo el dominio total y creativo de Cervantes: el humor, elemento también presente en el texto leído por Sergio Pitól.

Durante la presentación que hacía Pitól, de pronto advertí que uno de los traductores al chino de *El Quijote*, un profesor de cuyo nombre no puedo acordarme, sentado no muy lejos de donde me encontraba, sufría escalofríos de impaciencia cuando emergía del comentario de Pitól una imagen cada vez más humana de Cervantes. El traductor negaba con la cabeza y ajustaba sin cesar su cuerpo en alguna nueva posición para acomodarse en la butaca. Manifestaba escaso entusiasmo por el retrato de cuerpo entero que nos ofrecía de don

Miguel el nuevo Premio Cervantes. Al terminar la conferencia, el profesor se puso de pie como impulsado por un poderoso resorte y se me acercó a trancos para esperarme con los ojos encendidos:

—¡No voy a España! No voy, pues la embajada no me da el billete de avión.

En ese instante quedé por completo convencido de que su molestia durante la conferencia de Sergio Pitól no se debía a los hallazgos expuestos, sino a un frustrado viaje a España. Pensé que en su manifiesta incomodidad me confundía con algún funcionario de la embajada española. Pronto olvidé su inmerecido reclamo y todo el incidente. Lamento, eso sí, haber olvidado obsequiarle el libro *El pensamiento político y social del Quijote*, esa gran obra escrita por Ludovic Osterc, mi maestro en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional. Olvidos.

#### CONVERSACIÓN EN LA CATEDRAL DE LA CERVEZA

Un día antes de la cena memorable en la embajada de España pasé por Pitól y lo llevé a un restaurante alemán anexo al hotel Kempinsky de Beijing, muy cerca de la embajada de México. El restaurante Paulaner es en realidad una cervecería, con descomunales toneles en bronce reluciente para que fermente la cerveza de barril, torres catedralicias dedicadas al precioso líquido. El sol de la tarde dominaba el cielo gris de la ciudad, pero aun así Pitól prefirió que saliéramos a la terraza. Escogió una mesa a la sombra. Pidió una ensalada pequeña (dados de patatas, zanahoria fresca rallada, rebanadas finas de lechuga, ruedas de pepino sin piel, minúsculas rodajas de cebolla, con mucho vinagre, algo de aceite y sal). Me incliné por el plato tradicional de salchichas de la casa. Pitól pidió un vaso de agua; para mí, un tarro de cerveza oscura. Al final ninguno de los dos probó ni sorbo ni bocado. Mi cerveza perdió su espuma.

Para romper el hielo, mencioné que hacía algunos años, cuando vivía en Cuba, *La Palabra y el Hombre*, la revista de la Universidad Veracruzana, en aquella época dirigida por Raúl Hernández Viveros, me había publicado algunos trabajos. Pitól sonrió satisfecho: ya había una conexión directa con Xalapa que nos vinculaba:

—Sí, claro, Raúl. Impredecible personaje.

Luego hablamos de los meses que pasó Pitól en Beijing en el año 62. Dijo, como relata en *El mago*, haber probado la comida imperial —combinación de platos de la cocina de la provincia de Shandong y de los platos tradicionales del noreste de China, de los manchúes—; también mencionó la comida de Sichuan, afín a los mexicanos por lo picante. Cometí un error al haberlo invitado a un restaurante alemán, pensé. Debimos haber ido a un buen restaurante de Sichuan. Tal vez, pero Pi -

tol se mostraba por completo inapetente. Además, la conversación nos absorbió por completo. Sus dificultades para hablar, que describe en *El mago de Viena*, no asomaron en nuestra conversación. Pitol hablaba con gusto, con precisión. Nada de lo que dijo fue banal; cada una de sus palabras iluminaba un recuerdo, una modesta opinión, una revelación.

Había advertido que Pitol llegaba a nuestra cita con dos libros bajo el brazo: la antología de sus cuentos y *El mago de Viena*.

—Escoge uno —me propuso.

Tenía en mi haber varias lecturas frescas y algunas relecturas de las obras de Pitol, así que no dudé en inclinarme por *El mago*, pues ese libro creaba, al menos dentro de los parámetros de su obra, un nuevo género donde todo cabía con una fluidez ligera y parecía como un tesoro recobrado donde se mezclaban obras leídas, viajes y asuntos tan personales como la salud propia. En su dedicatoria me dice: “Para Alejandro Pescador, un abrazo. Sergio Pitol, Pekín, junio 2006”.

La antología de sus cuentos reposaba solitaria al lado de su ensalada que ya comenzaba a marchitarse. Pero la conversación, al contrario, florecía:

—No puede ser que hayas empezado tu obra con los cuentos. Ya se advierte ahí una voz bien definida. Hay un ritmo y patrones estilísticos en tu prosa que evidencian tu madurez como escritor —le dije.

—Sí, porque antes había escrito mucho teatro, pero lo dejé inédito.

Sergio Pitol había comenzado a escribir desde muy joven y nunca había dejado de hacerlo. Volví a *El mago de Viena* para decirle que el libro me parecía inscribirse en un nuevo género. Pitol, muy a la francesa, se encogió un poco de hombros. *El mago* era una vuelta y un recuento de su escritura.

Comentamos obras de los autores de lengua inglesa que menciona en *El mago de Viena*. Por completo fuera de lugar se me ocurrió mencionar al humorista P. G. Wodehouse, pero Pitol me atajó:

—No, no. Wodehouse es predecible. Lee *The Third Policeman*, del irlandés Flann O’Brien; una obra maestra. Tienes que leerlo.

Meses después conseguí el libro: me causó asombro y un gran placer esa lectura por su originalidad para plantear la trama y el punto de vista del narrador: el recorrido, siempre circular, a través de un infierno donde queda atrapado un homicida.

#### UN CIELO DE PORCELANA CHINA

A esa hora de la tarde el calor parecía ceder terreno. Pitol se veía cómodo en un *blazer* de lo más elegante. Recordó sus años de Beijing como corrector de estilo de

traducciones al español en la revista *China reconstruye*. En *El mago de Viena* registra un arribo lleno de expectativas al Beijing de 1962, el cálido encuentro con colegas de la revista *China reconstruye*—transformada ahora en *China hoy*—, el recorrido por sitios históricos de interés, el sortilegio de la Ópera de Pekín.<sup>3</sup> En esa misma revista trabajó Gao Xingjian (Premio Nobel de Literatura 2000), donde, con la complicidad de un colega, leía a hurtadillas a Proust, Michaux, Artaud, Gide, Camus, Ionesco y Genet, entre otros autores que los comisarios del partido tenían en la lista negra, donde por

<sup>3</sup> La denominación Ópera de Pekín se ha establecido desde que esta suma del arte chino comenzó a conocerse en Occidente. Tratándose de textos que se refieran a este tema, afirman algunos estudiosos, es preferible referirse a la Ópera de Pekín y no de Beijing. En chino, esta ópera se designa como *Jing ju*, ópera de la capital.



supuesto no aparecían De Beauvoir (*La Longue Marche*), Claude Roy (*Sur la Chine*), ni Vercors (*Les Divagations d'un Français en Chine*), turiferarios del partido. Como en *El mago de Viena*, Pitol recalcó otra vez su afición por las obras de Guo Muruo, Cao Yu y Laoshe, entre otros autores chinos.

El paso de Gao Xingjian por *China reconstruye*, me aseguró Pitol, le permitió descubrir vasos comunicantes entre autores, idiomas y por lo tanto de visiones del mundo todas distintas entre sí pero con sorprendentes denominadores comunes.<sup>4</sup> Escribe Pitol en *El mago* a propósito de Gao: “se enteró de la existencia del teatro del absurdo y advirtió que no difería demasiado de la novela clásica china, y que sobre todo tenía una conexión con los libretos de la Ópera de Pekín...”.

Al poco tiempo de trabajar en *China reconstruye* Pitol tuvo el presentimiento de estar al filo de la tormenta. Y tenía razón, pues apenas unos años después sobre-

<sup>4</sup> En algún momento tuve la suerte de visitar el Museo de Arte de Singapur en la calle Bras Basah, continuación de Orchard, donde pude admirar —como único visitante durante esa mañana— las maravillosas tintas de Gao Xingjian, quien además de escritor también es un gran artista plástico; usa la tinta china y la reinterpreta en paisajes diríase sentimentales.

vendría el cataclismo de la Revolución Cultural.<sup>5</sup> En 1962 Pitol escuchó con asombro el aciago destino de Ding Ling, escritora expulsada de la Asociación de Escritores Chinos y del Partido Comunista Chino durante la Campaña Antiderechista de los años cincuenta, por haber discrepado de una opinión de Mao. Años después, una noticia que lastimó mucho a Pitol fue el suicidio del dramaturgo Laoshe, a quien en el 62 visitó en su casa, un típico cuadrángulo de Beijing con patios sucesivos y la puerta principal orientada al sur. Escribe en *El mago de Viena*:

Ese escritor hubiera podido salir de China y volver a Oxford,<sup>6</sup> donde fue maestro antes de la guerra, a enseñar cultura china, pero prefirió quedarse en casa. Era un anciano elegante, prudente en su conversación, pero con un sen-

<sup>5</sup> Una referencia penetrante de la tragedia que representó para China la Revolución Cultural puede encontrarse en la novela *Xiong Di (Hermanos)* y en *China in Ten Words*, ambas de Yu Hua. La *Revista de la Universidad de México* publicó en febrero de 2008 la traducción de un cuento de este autor chino.

<sup>6</sup> Lao She impartió cátedra en la School of Oriental Studies en Londres, donde también fue profesor Reginald Fleming Johnston, tutor del último emperador chino, Pu Yi. Esa escuela ahora se llama School of Oriental and African Studies.



tido del humor formidable. Años después leí, con dolor, con ira, en un periódico, que durante la Revolución Cultural hordas salvajes llegaron a su casa, destruyeron sus jardines, sus colecciones de pintura, sus muebles, y que él pudo salir por una puerta trasera, correr hasta un edificio cercano de diez o doce pisos, subir a la azotea y desde allí lanzarse al suelo.

En su ya clásica obra de teatro *Salón de té*, Laoshe había hecho colocar en escena un letrero que advertía “Nadie puede discutir los asuntos del país”, afirmación cargada de significados en diversas épocas. Así, entre el fracaso del Gran Salto Adelante y los barruntos de la Revolución Cultural, China pasó por situaciones cada vez más complicadas. Para Pitol esos meses del 62 en Beijing en algún momento se convirtieron en un periodo difícil de su vida. Los extranjeros, en su mayoría cooperantes, a menudo contaban con anónimos centinelas de vista cuando salían a la calle. Los ciudadanos, tras repetidas exhortaciones del gobierno, se habían aficionado a denunciar las fechorías ciertas o imaginarias de cualquier persona: imperaba la cultura de la denuncia y el infundio que otorgaba a seres insignificantes un mínimo poder capaz de arruinar la vida de cualquiera. En esas condiciones los márgenes de libertad de movimiento para un extranjero resultaban por demás estrechos. En el ambiente había tensiones palpables por el rompimiento con la URSS, el conflicto fronterizo con la India; además, concluía ominosamente la apertura del PCC a la crítica llamada Campaña de las Cien Flores. Pitol sabía que el fracaso del Gran Salto Adelante había desatado una lucha intestina sorda y agria en los pasillos del poder. Los extranjeros podrían ser potenciales espías, agentes desestabilizadores. Aquel Beijing del 62 flotaba aún en una efímera calma chicha antes del descenso al caos y a la interpretación ideológica llevada a la autofagia. ¿Dónde está Lu Xun?

La plaza Tian'anmen a principios de los sesenta parecía desierta en su vastedad cuadrangular extendida hacia los cuatro puntos cardinales. La mayor parte de la gente vestía pantalones y camisolas de gabardina color azul marino; las chicas anudaban sus relucientes cabelleras en un par de trenzas. Casi todos calzaban las alpargatas chinas tradicionales. Se podía cruzar a pie de Tian'anmen a la Ciudad Prohibida y viceversa, pues casi no transitaban vehículos. Apenas circulaban algunos autos de la flotilla gubernamental, escasos taxis, los pesados autobuses de fabricación local y algunos camiones del Ejército Popular de Liberación utilizados para labores de transporte de carga. La contaminación de bióxido de carbono no existía; si acaso apenas el cielo se manchaba con las arenas rojas del Gobi que llegaban a Beijing durante las ventiscas que anunciaban la primavera. Sólo las mañanas muy temprano y al caer la tarde

Beijing se transformaba en una gigante maquinaria que disolvía el silencio: poco a poco un suave pero nutrido y creciente murmullo de engranes se transformaba en una máquina colosal que cuando se ponía en movimiento borraba el ambiente apacible de la ciudad: un ejército de bicicletas montadas por niños, jóvenes y viejos en el circuito de sus rutinas escolares o laborales. Las bicicletas de Beijing, el sonido del tiempo, el circuito de la vida en movimiento y el cambio perpetuo.

Pero era Beijing, la antigua Dadu, la gran capital: en algunos actos oficiales, la bienvenida a un jefe de Estado en visita oficial o en alguna celebración patriótica, la desolada plaza Tian'anmen se poblaba con los contingentes de jóvenes que agitaban pequeñas banderas y coreaban consignas de la solidaridad de China con todos los pueblos del mundo. Entre aquella muchedumbre azul marino, muy de vez en cuando algunas muchachas sobresalían al frente con blusas estampadas con diseños florales y faldas por debajo de la rodilla: flores vivas que con sus risas colmaban la plaza hasta los límites del horizonte, el cielo de Beijing, todavía azul, que muchos años antes describió Han Suyin en un clásico para entender la China profunda pero ahora arrojado a un injusto olvido, *Destination Chunking*.

La belleza de Beijing no sólo forma un esquema placentero para la mirada. Se necesita una nueva palabra para esta belleza, tal es su fuerza y dignidad y no menos su vasta serenidad. El cielo de Beijing es de un azul intenso, un color tan intenso y frágil al mismo tiempo que seguro se rompería como porcelana fina si las voces en la calle se elevaran por encima de un murmullo. Pero la gente de Beijing es un pueblo apacible, y el habla suave de Beijing tiene una cualidad difusa, amable, y el sonido de los vehículos se apaga en el polvo, y los pregones en las calles son un lamento musical, para que la fina y curva concha que forma el cielo permanezca intacta. (Traducción de A.P.)

En los meses del 62 cuando Pitol vivió en Beijing, el recorrido obligado para los visitantes distinguidos de la ciudad y sus alrededores incluía el Templo del Cielo y la Ciudad Prohibida —ambos lugares todavía con macetones con plantas decorativas alineados en las terrazas—, el Palacio de Verano con su lago majestuoso y las Colinas Perfumadas al fondo del horizonte, la Tienda de la Amistad sobre Jianguo Menwai —ahora administrada por una empresa privada, pero aún el mejor lugar de la ciudad para comprar té de excelente calidad a precios razonables—, la ópera local, el pato laqueado del restaurante *Quanjude* ubicado en la calle Qianmen. Y en un lugar aparte la calle de la pintura y la caligrafía chinas tradicionales: Liulichang, un largo callejón con un segmento hacia el Este y otro hacia el Oeste, no muy lejos de Tian'anmen. Liulichang había albergado, ade-

más de galerías de pintura y caligrafía, librerías y tiendas de papel de china, pinceles, tinteros de las más diversas formas, tinta china en bloques para macerarse en los tinteros y diluirse en agua...

Al mencionar Liulichang, comenté a Pitol el incidente del teatro de sombras chinas que recién había padecido. Una señora de alto nivel se preparaba para encabezar una delegación que visitaría Beijing. La señora viajaría junto con su esposo y sus dos hijas pequeñas. Con la ingenua buena intención de hacer más agradable las actividades culturales para la familia, una vez que hubiera terminado todo el programa de trabajo, propuse a mi jefe preguntar si la funcionaria se interesaba en una función de teatro de sombras chinas.<sup>7</sup> La respuesta no se hizo esperar:

—Sí.

Entonces, comenté a Pitol, al día siguiente me dirigí a Liulichang y en uno de los más estrechos callejones adyacentes del extremo Este de la calle visité al director de una pequeña compañía de teatro de sombras chinas a quien conocía. Él y el resto de los titiriteros de la compañía utilizaban su tiempo libre para ofrecer funciones ocasionales por el gusto de esa expresión de la cultura popular china y como un medio para que no desapareciera ese arte. Le expliqué de qué se trataba y me propuse hacer una función especial de hora y media de duración, con una pequeña orquesta china tradicional en vez de música grabada. La función podría ser hasta para veinte personas, pues el local era diminuto. La fecha, la hora, el costo —ínfimo—, quedaron arreglados. Concluida la visita de trabajo de la visitante, le recordé que esa tarde teníamos la función del teatro de sombras chinas organizada para sus hijas. Quedé helado cuando dijo iracunda y a la vez burlesca:

—No.

—Pero la función se ha organizado sólo para usted y su familia.

—No. Usted se equivoca.

Esa negativa me costó una amistad de años que había cultivado con el director de aquel modesto teatro de sombras chinas de Liulichang. No tuve más remedio que llamarlo por teléfono para cancelar la función.

<sup>7</sup> El teatro de sombras chinas al parecer se originó durante la dinastía Han (206 a.C. a 220). Figuras articuladas hechas con piel de asno, curtidas para hacerlas translúcidas y decoradas con diseños multicolores, se mueven con finas varillas insertadas en varios puntos de la figura, lo que permite al titiritero moverlas detrás de una pantalla. También detrás de la pantalla hay una fuente de luz colocada por encima del titiritero que ilumina las figuras y las proyecta sobre la pantalla como verdaderos dibujos animados. El público se coloca por el frente de la pantalla y no ve por lo tanto la tramoya. Esta forma de entretenimiento también es popular en Indonesia, el sureste asiático y otros lugares. Gracias a entusiastas de este arte, el teatro de sombras chinas aún sobrevive como una de las formas más ingenuas de entretenimiento popular en China.

No quise ni imaginar, confesé a Pitol, la cara de los titiriteros y de los músicos cuando se enteraron de la cancelación. Pitol bajó la mirada y negó una y otra vez con la cabeza. Liulichang debió encerrar un resplandor previo a la Revolución Cultural para luego sumergirse en el subsuelo y reaparecer a fines de los setenta. Quiero suponerlo.

En el 62 la Ópera de Pekín, un arte tan consumado, fascinó a Pitol, pero como meticoloso observador, al fin novelista, contrastó los teatros desvencijados, aunque llenos de vida, de la Ópera de Pekín, y los entonces nuevos teatros construidos bajo el dictado de la densa arquitectura soviética, marcos colosales para las obras edificantes de la propaganda. En la ópera, el bullicio del Viejo Beijing, la vida a borbotones, el polvo venerable; en los nuevos teatros, geometrías apabullantes, la rigidez uniforme de los funcionarios, la disciplina del aburrimiento disimulado. Con regocijo, Pitol recuerda en *El mago* los materiales que enviaba desde Beijing: “crónicas sobre la prodigiosa Ópera de Pekín, un espectáculo alucinante, tan distinto a todo lo conocido que me fascinó desde el principio, es más, desde el momento de cruzar el umbral del viejo teatro donde se escenificaba”. Apenas el año anterior había fallecido Mei Lanfang, el célebre cantante que dio a conocer la Ópera de Pekín en el extranjero.

Pitol salía intoxicado de la Ópera: había presentado el latido de la China eterna. Pero ya las nubes ominosas se aglutinaban en el cielo de la ciudad. “La vida cultural se apagaba”, escribe Pitol en *El mago de Viena*. La quietud del Beijing de 1962, las rutinas deliciosas, incluso para los trabajadores más humildes que antes de volver a casa recorrían por enésima vez el Templo del Cielo, el parque del Templo del Sol, el Palacio de Verano o algún templo budista o taoísta, se acercaban a su fin. El silencio de esos bellos espacios, hechos en el espíritu del *fengshui*, pronto se vería atropellado por las multitudes enardecidas y vociferantes de los Guardias Rojos imbuidos por la manipulación política. En la Revolución Cultural la vida imitó a la literatura: las pesadillas adolescentes de *El señor de las moscas* de William Golding y *Naranja mecánica* de Anthony Burgess se hicieron realidad en la violencia desquiciada de adolescentes y hasta de niños, y dejaron a su paso cicatrices para la historia. Durante una década en China ya no se veía el color de la vida en movimiento que desprendían aquellas muchachas de blusas con estampados de diseños florales y faldas. Durante la Revolución Cultural su cuerpo quedaría confinado dentro de esos uniformes carcelarios de corte andrógino.

En el 62, como sabía Sergio Pitol, el presidente Liu Shaoqi y Deng Xiaoping, secretario general del PCC, ya impulsaban tímidas reformas que permitieran superar la hambruna que causó el Gran Salto Adelante. Los mer-



cados contaban con alimentos y hasta la producción de los licores chinos se notaba en los aparadores. China parecía recuperar el tiempo perdido por las poco científicas decisiones de Mao en cuanto a desarrollo económico. Pitol mismo advirtió la actividad de pequeñas empresas privadas. Nadie imaginaba entonces el fin trágico de Liu Shaoqi ni la caída de Deng Xiaoping. En esa quebradiza calma ocurrió un cambio ligero y a la vez insoportable para Pitol: reticencias de los colegas, distanciamiento espiritual de la ciudad. Pitol recordaba esos años desde el ojo del huracán.

Tras una pausa en la que noté que Pitol tal vez revivía aquellos meses del 62 en Beijing, hablamos de la fascinación de la cultura china tradicional, de Lao Zi, del budismo. Le dije que lamentaba que el templo de Shaolin, enclavado en la provincia de Henan, que recién había visitado, fuera una empresa dedicada a dar clases de *wushu* o artes marciales tradicionales chinas. El centro desde donde irradió el budismo Zen o *Chan* —como se dice en chino— ahora se había olvidado del Zen para dedicarse a comercializar las artes marciales. La idea del Zen para liberar nuestro espíritu tal vez sólo quedaba en los vestigios de los murales budistas, magníficos pero dañados por el furor destructivo de los Guardias Rojos.

#### LOS JADES DE PITOL

Con una sonrisa me dijo Pitol:

—En realidad para ser libres debemos romper nuestro ego; es la única forma.

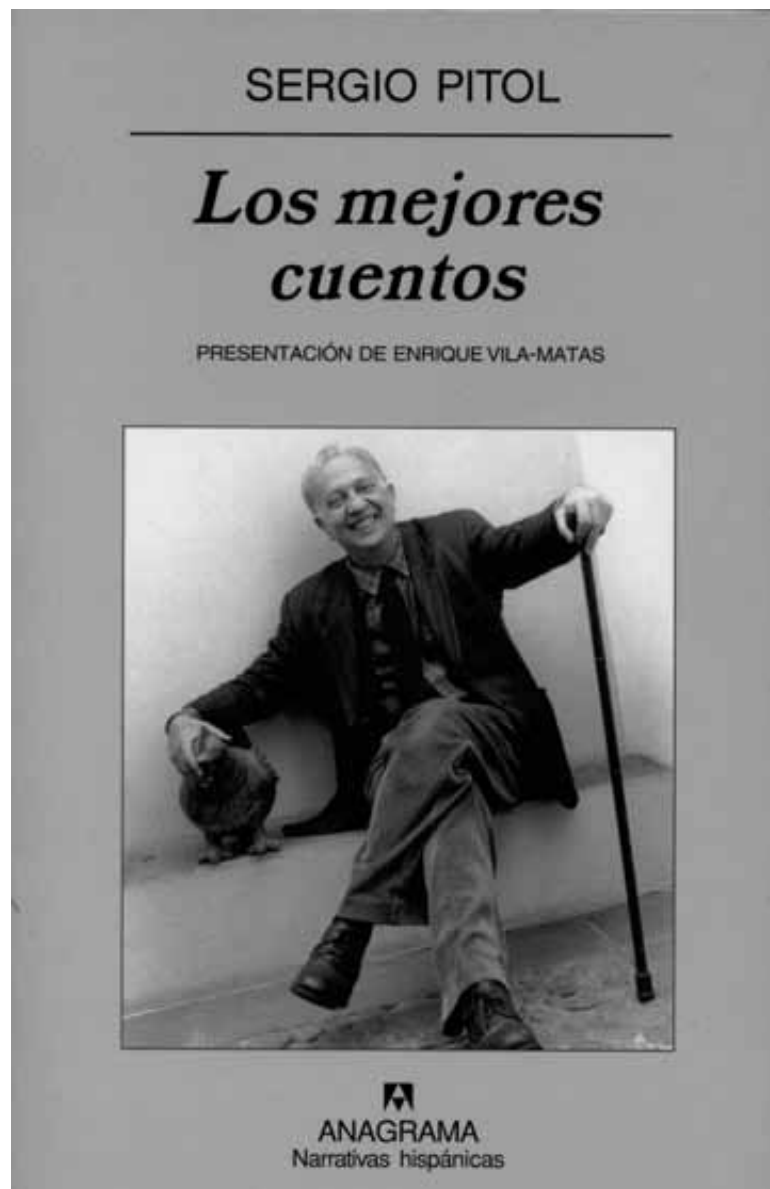
Sí, pensé, romper nuestro ego, eso, romperlo uno mismo. Romper el ego con los trazos oscuros y luminosos de Pierre Soulages, que desafían el tiempo y el espacio; con el *Homenaje a Gismonti* de Arturo Márquez, cuyos acordes hacen trizas el ego. Conté a Pitol que un sinólogo estadounidense, quien se consideraba a sí mismo una eminencia en todo lo relativo a la civilización china, había ido a ver a un amigo suyo a Beijing, un académico chino ya retirado. Al recibirlo en su departamento, el anfitrión le preguntó qué tipo de té deseaba tomar, pero el visitante no tenía la menor idea. El profesor chino le dijo:

—Pues si no sabes de té chino, no puedes ser un sinólogo, no puedes ser un *Zhongguotong*.

—Tienes razón; pero puedo aprender, aprender de ti —admitió con la cara caída de vergüenza el estadounidense.

—Sí —me dijo Pitol—. Si uno se interesa por China y no aprecia el té, la porcelana, la caligrafía, la literatura, la Ópera de Pekín o el jade, está perdido.

Pitol observó mi reacción y luego me miró sonriendo un instante en silencio. Metió la mano a uno de sus bolsillos y me mostró tres tallas de jade en diferentes



tonos de verde, desde el profundo tono espinaca hasta la claridad translúcida del té verde. Las piezas parecían tener luz propia a partir del contraste entre el verde translúcido y las tonalidades oscuras. No eran pendientes o dijes, sino piezas para conservarse en un alhajero y acariciarlas de vez en cuando o, como hacía Pitol, para llevarlas en el bolsillo en su función de talismanes. Me extendió la palma de la mano con las tres piezas de jade. Las tomé y me impresionó la talla de las tres, pues seguía con fluidez la veta natural, una talla hecha con paciencia y respeto por la naturaleza de la piedra. Devolví las piedras a Pitol. Me aflojé el nudo de la corbata, me desabotoné el cuello de la camisa y tiré hacia arriba del hilo rojo que me pendía del cuello para mostrarle mi pequeño disco de jadeíta. Sergio examinó mi *ping an kou*, como se dice en chino, y asintió con la mirada luminosa. Una sonrisa asomó a sus labios. Humildad. En realidad mi disco podía encontrarse sin dificultad en el mercado del jade de Hong Kong, pero no las tres tallas de jadeíta que acompañaban a Pitol, esa rara trinidad de suavidad pulida por el tiempo, la luz verde y la humildad. **u**